

LA MOMIA

Érase una vez una momia con forma de persona y tamaño de persona, que tenía altura normal (para un ser humano...). Tenía un color como... blanco, blanco roto o algo así, era como un blanco muy sucio, casi gris o incluso negro. En esta ocasión, no se sabía si era un hombre mayor o una mujer joven, porque no se le veía el pelo. Su pelo no se sabía si era liso o rizado porque, como he dicho antes, no se le veía.



Esta momia se coló un día en una casa abandonada. Se descubrió porque hacía mucho ruido, ya que como la pobre no veía nada con las vendas, se estrellaba contra los muebles y paredes. La gente de alrededor salió, a ver qué pasaba. Algunos decían que eran unos fantasmas los que habitaban en ese momento la casa, otros que eran los reflejos de los espejos, otros que era el viento, pero nadie acertó.

Tardó en descubrirse dos años lo que allí pasaba: cuando la momia salió, es decir, cuando encontró la salida. Cuando salió, llamaron a otro investigador, para que investigara el tiempo que tenía esa momia, pero no lo pudo descubrir de ninguna manera. Al tiempo lo descubrió, le quitaron la venda y comprendieron que era el antiguo dueño de esa casa. Así que le dejaron que se quedara a vivir allí. También le dieron cobijo sus vecinos hasta que reformara su casa.

Pasaron tres meses y volvió a su casa. Los vecinos echaban mucho de menos a ese nuevo vecino y él a ellos porque le hacían muchos favores, es decir, iban a comprar el pan, a llevarle a algún lado, etc.... Él aprendió que los vecinos que tenía en ese barrio no los tendría en otro y él siempre decía desde entonces: “Los vecinos están para ayudarse”.